

El proyecto *Becuario* plantea un espacio de re-producción sonora, de interpretación crítica y de homenaje a la música como lugar social, como experiencia individual dentro del ámbito de lo común. Para ello Laura Llanelli aplica un método germinal, vernáculo, a la música popular actual, entendida -en consonancia con nuestro tiempo- como un centro de desguase cuyos elementos pueden ser apropiados y reinterpretados.

En música, un becuadro, o “natural” en inglés, es una figura que se utiliza en notación escrita para señalar puntualmente la cancelación de un sostenido (#) o un bemol (b). La aplicación de este signo hace que las notas que vienen a continuación pasen de un estado alterado, a lo que se denomina un estado natural. Podríamos decir que la melodía de una canción que nos es muy familiar es natural, aunque las notas que la representen no lo sean. ¿Qué pasa si volvemos naturales todas las notas de una partitura? ¿Cuánto resiste lo reconocible de una pieza musical? *Becuario* pretende la ‘desnaturalización’ de las melodías fundamentales, asignadas al piano, de veinte temas pop de las cinco últimas décadas, modificando sus partituras y por tanto su sonido.

Se trata de la anulación, mediante el becuadro, de los bemoles y sostenidos de todas aquellas notas alteradas, limitando la sonoridad a siete sonidos, pese a la variedad de acordes en el pop, que incluyen clásico, rock, jazz o salsa. El cubo actúa entonces como espacio de anulación o de reducción donde lo que ocurre dentro, musicalmente, es ‘natural’. Una reducción sobre unas partituras ya reducidas que lleva al límite su mínimo común denominador -estadísticamente menos combinatorias- derivando en una similitud sonora que tiende a diluir su especificidad, a homogeneizar... Una intrusión que explora, a su vez, la posibilidad de una rúbrica autoral a partir de la simplificación como método. Reducir, aislar, simplificar. Resaltar.

Las partituras han sido modificadas gráficamente, en un proceso de re-escritura y notación musical, para luego ser interpretadas por un pianista en el estudio de grabación. Estas ocupan las paredes del cubo, sobre superficies que emulan la idea de atril; allí solo están resaltadas las partes en que el piano es protagonista de la melodía, las mismas que han sido grabadas y cuyos audios se disponen en veinte auriculares en el techo. Así, cada uno tiene su tiempo de escucha y de análisis de las partituras dentro de esta arquitectura alegórica, estableciendo pautas combinatorias entre silencio y multiplicidad, estímulo y esquizofrenia: la ansiedad de quien salta de intro en intro de canciones distintas como base rítmica para el compás de la propia experiencia.

En la cultura popular y más desde los nuevos medios, las producciones culturales se fijan de maneras muy distintas a los modelos de la academia: a través de tutoriales Youtube puede aprenderse a interpretar piezas musicales sin conocimientos de solfeo, mucha música es generada en comunidad, vivimos la abolición de la frontera entre el consumo y la producción... En este contexto, podría decirse que el becuadro corresponde a la versión arcaica, primigenia, de una aplicación de filtros; o que el proyecto *Becuario* pone a prueba la resistencia del sonido pop como icono social, mediante patrones que entrelazan las maneras históricas de aprehensión del fenómeno musical en occidente.

